

LA MÁSCARA DE DIMITRIOS

ERIC AMBLER

LA MÁSCARA DE DIMITRIOS

Prólogo de Arturo Pérez-Reverte

Ilustración de cubierta

de Augusto Ferrer-Dalmau

Traducción de Ana Goldar



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Mask of Dimitrios*

Diseño de la sobrecubierta: 

Traducción de Ana Goldar

Primera edición: febrero de 2025

© Eric Ambler, Literary Management Limited, 1939

© del prólogo: Arturo Pérez-Reverte, 2025

© de la ilustración: Augusto Ferrer-Dalmau, 2025

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Coedición especial entre Zenda y Edhasa (Zenda-Edhasa)

Diputación, 262, 2.º 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

www.zendalibros.com

marketing@zendalibros.com

www.edhasa.es



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos. www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-5576-5

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B 22459-2024

Impreso en España

ALGUIEN TE MIRA DESDE LAS SOMBRAS

ARTURO PÉREZ-REVERTE

Un hombre muerto que tal vez no está muerto: excelente comienzo para una novela de intriga y espionaje, género en el que el inglés Eric Ambler destacó de modo asombroso, triunfal, hasta el punto de que los grandes autores que llegaron más tarde, Alistair MacLean, John Le Carré o Ian Fleming, los de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra fría, reconocieron sin complejos su magisterio. Y lo hicieron con toda justicia, porque, entre la producción narrativa de los novelistas británicos que en los años 20 y 30 del pasado siglo trataron esos asuntos, *La máscara de Dimitrios*, publicada en 1939, es una de las obras cumbre. Y tal vez la mejor de todas.

Destaca en ella, especialmente, la feliz creación de su protagonista, muy en la línea de los discretos héroes de Ambler, gente más o menos corriente a la que las circunstancias meten de lleno en la aventura. En este caso, el protagonista es un escritor inglés, Charles Latimer. Como la mayor parte de las creaciones amblerianas, Latimer —rebautizado Cornelius Leyden en la magnífica película que de la novela hizo Jean Negulesco en 1944— no es un espía ni un hombre de acción, ni siquiera un héroe en el senti-

do convencional de la palabra, sino un tipo corriente; un escritor que se ve envuelto en una trama de espionaje de modo casi accidental mientras intenta satisfacer su curiosidad sobre un asesinato. Este arranque es significativo, porque Ambler no se preocupó jamás por elevar a sus personajes a un estatus heroico. Ésa fue su marca de autor: gente corriente enfrentada a hechos extraordinarios. Lejos de las novelas de hombres duros, implacables y profesionales, que acabarían dominando el género, en esta historia todo resulta mucho más gris, natural, humano. Latimer es sólo un intelectual escéptico; un hombre de palabras y no de hechos, que contra su voluntad se ve empujado a un ámbito donde la acción se torna necesaria. Y esto, en la época en que fue escrita la novela, daba un carácter peculiar, muy propio, a un género al que el contagio de la excelente novela negra norteamericana contemporánea, con su exitoso traslado al cine, ya estaba plagando de hombres de acción y mujeres fatales.

Lo que más me impresiona de *La máscara de Dimitrios* es la prosa precisa y contundente de Ambler. Cada palabra está medida, cada descripción es clara y efectiva. No se permite florituras innecesarias, lo que hace que la lectura fluya de una manera tan cinematográfica que el cine, como he señalado antes, se benefició directamente de ello. En esta novela, Ambler confirma ser un maestro del suspense, capaz de crear un rompecabezas de giros inesperados, en un ambiente cosmopolita que atrapa al lector en cada página. Asombra la habilidad con que recurre a la geografía europea, desde Estambul hasta París, de un modo orgánico y vibrante, de manera que el lector siente como si estuviera caminando junto a Latimer en sus andanzas. Eso lo hemos visto después en el cine y la literatura posterior-

res —a menudo deudores de Ambler, como dije—, y tal vez por eso llame menos la atención en un lector poco avisado; pero si consideramos que en su momento todo ello significaba una brillante novedad narrativa, situamos esta excelente novela en su contexto justo, apreciando su brillante originalidad.

El personaje de Dimitrios, por otro lado, es un enigma fascinante. Resulta ser casi una sombra, un fantasma inaprehensible que ronda y acecha a Latimer a lo largo de la historia. Y el mayor hallazgo, el aspecto más llamativo, es la habilidad casi perversa, la estrategia táctica narrativa con que Ambler juega y nos seduce bajo la idea de la identidad y la percepción. Porque Dimitrios no es simplemente un villano de novela o un traidor cinematográfico; es, sobre todo, un reflejo de la complejidad humana en tiempos de incertidumbre social y política. Su vida sombría se despliega ante nosotros reconstruida a través de los ojos de Latimer; quien, al intentar comprenderlo, también trata de entenderse a sí mismo, como el cazador que acaba siendo marcado por el carácter de la presa a la que persigue. Esa íntima dualidad entre el observador y el observado añade capas al relato y le da profundidad, algo que muchos autores contemporáneos de novelas de intriga suelen olvidar.

La trama —y eso en una novela de Ambler no tiene nada de extraño— avanza con un ritmo que recuerda a un buen *thriller* psicológico. La tensión no proviene sólo de la acción externa, sino de la lucha interna del escritor protagonista, que trata de desenmarañar la vida de un hombre que, como él mismo, resulta ser un rompecabezas. Y para un novelista que lee *La máscara de Dimitrios*, como es mi caso, la manera con que se entrelazan estos elementos es admirable técnicamente, pues evita las tramas rebuscadas

que a menudo sofocan al lector y elige un desarrollo de aparente simpleza pero muy complejo de concebir, donde no hay nada casual ni superfluo, todo es clave para el relato, y cada revelación, cada sorpresa, cada suceso, tiene un motivo y un peso específico.

Otra de las hazañas narrativas de Ambler es su talento para crear atmósferas. Los ambientes que traza son reales: sientes el aire cargado de amenazas, el peligro que acecha, la tensión evidente en cada callejón oscuro. A menudo, cuando leo no-velas de espionaje o misterio menos logradas, echo de menos la sensación de peligro latente, la imposibilidad de olvidar que hay alguien ahí afuera, observándote. Sin embargo, aquí Ambler se luce: cada encuentro entre Latimer y los personajes que se cruzan en su camino está impregnado de una inquietante sensación de traición y desconfianza, cual si todo ocurriera bajo la mirada secreta de alguien que observa, maquina y calla. Y ése, trasladado con eficacia a la pantalla cinematográfica, es uno de los grandes méritos de la obra maestra que supuso *La máscara de Dimitrios* llevada al cine —*Un ataúd para Dimitrios*, se tituló en los Estados Unidos, respetando el título original de la novela en inglés—, en la que el director Jean Negulesco supo desarrollar con extrema brillantez el relato original, apoyándose en las elegantes actuaciones de cuatro actores magníficos: Peter Lorre —que, cosa inhabitual, no hacía de truhán ni malvado en una película—, Sidney Greenstreet, Zachary Scott y Faye Emerson.

Siendo ecuánime como lector, no todo resulta perfecto en la novela. El estilo propio de Eric Ambler, debido precisamente a su virtud de sobriedad narrativa, puede parecer a veces un tanto seco y distante. Pero una novela, cualquiera de ellas, no es sino un problema literario que

el autor intenta resolver mediante la aplicación de las herramientas adecuadas. Se trata de una elección técnica, y en *La máscara de Dimitrios Ambler* aplica la suya, la que considera más eficaz. El caso evidente, en mi opinión, es que funciona. Sin embargo, tan perfecta o imperfecta como esta novela pueda ser en lo formal, es de justicia advertir que no es sólo un relato de intriga, traición, amoralidad, ambición y venganza, sino también una reflexión profunda sobre la naturaleza humana y el papel de la Historia en nuestras vidas. Bajo el escueto estilo narrativo, cada página está cargada de múltiples significados, de matices, de humanidad cruda. Y a medida que se avanza en el relato, percibimos que estamos explorando no sólo los rincones oscuros de la Europa de la época, sino también los recovecos más sombríos de la condición humana.

En conclusión: si alguien me preguntara si vale la pena leer *La máscara de Dimitrios*, mi respuesta sería un rotundo sí. A pesar de sus aparentes defectos, marca un punto decisivo de inflexión en ese género narrativo y además incita al lector a pensar, a cuestionarse y a explorar esos territorios inciertos donde la moralidad, el bien y el mal son un paisaje difuso. Porque al final las novelas más memorables son las que nos obligan a mirar más allá del texto evidente; y Ambler, con su maestría, consigue eso y más. ¿Que más necesita un buen lector...? En este caso, para doblar el placer, un consejo veterano: lean la novela y después, con ella reciente, vean la película. Tienen mi palabra de honor: el mundo resultante de ambas, la historia de sus personajes, las sucesivas máscaras de Dimitrios Makropoulos, no se borrarán nunca de su memoria.

A Alan y Félice Harvey

«Pero la iniquidad del olvido expande a ciegas su esencia soporífera, jugando con el recuerdo que cada hombre ha dejado de sí mismo, sin consideración alguna hacia los méritos que hiciera para alcanzar la inmortalidad... Si no fuera por esta huella imborrable, el primer hombre hubiese sido tan desconocido como el último, y la larga vida de Matusalén hubiese sido su única Crónica».

Sir THOMAS BROWNE, *Hydriotaphia*

ORÍGENES DE UNA OBSESIÓN

Un francés llamado Chamfort dijo cierta vez, a sabiendas de que estaba equivocado, que la palabra «azar» era un atributo de la Providencia.

Se trata de uno de esos aforismos convenientes, que no son más que falacias, acuñados para desacreditar la desagradable pero verdadera idea de que el azar desempeña un papel de importancia —si no decisivo— en los asuntos humanos. Sin embargo, no se trata de una expresión del todo imperdonable. Porque es inevitable que, en ciertas ocasiones, el azar actúe con una suerte de desmañada coherencia, que bien puede confundirse con las acciones de una Providencia consciente de sí misma.

La historia de Dimitrios Makropoulos es un buen ejemplo de esto.

El solo hecho de que un hombre como Latimer llegara a tener alguna noticia, siquiera, de la existencia de un hombre como Dimitrios es, en sí, grotesco. Pero que llegara a ver el cadáver de Dimitrios, y que durante semanas —careciendo como carecía del dinero necesario— viviera entregado a la tarea de hurgar en la oscura historia de aquel hombre, y que, por último, se hallara él mismo en la situa-

ción de deberle la vida a un criminal con un estrambótico gusto en materia de decoración de interiores, es un hecho tan absurdo que le corta a uno la respiración.

No obstante, al considerar estos hechos en relación con los demás del caso, resulta difícil no dejarse dominar por un terror supersticioso. El carácter completamente absurdo de todo esto parece no aconsejar el uso de las palabras «azar» y «coincidencia».

En este caso, el escéptico tiene la posibilidad de un único consuelo: si existiera algo así como una ley sobrehumana, estaría administrada con una ineficacia infrahumana. La elección de Latimer como instrumento de esa ley sólo pudo haber sido realizada por un idiota.

Durante los primeros quince años de su vida adulta, Charles Latimer se había convertido en profesor asociado de economía política en una universidad inglesa de segunda fila. Además, a la edad de treinta y cinco años, había escrito tres libros. El primero era un estudio sobre la influencia de Proudhon en el pensamiento político italiano del siglo XIX. El segundo se titulaba *El Programa de Gotha de 1875*. El tercero era una valoración de las proyecciones económicas de *Der Mythos des zwanzigsten Jahrhunderts*, de Rosenberg.

Tan pronto como hubo dado fin a la corrección de las pruebas de esta consistente obra, con la esperanza de ahuyentar el negro estado depresivo en que lo había hundido ese período de contacto temporal con la filosofía del nacionalsocialismo y con su poeta, el doctor Rosenberg, Latimer escribió su primera novela policiaca.

Una pala sangrienta tuvo un éxito inmediato. A este título lo siguió «Yo», dijo la mosca, y más tarde, *Los brazos del asesino*. Del muy nutrido ejército de profesores universita-

rios que escriben novelas policiacas en sus ratos de ocio, Latimer descolló muy pronto como uno de los pocos que, con gran rubor, hacían dinero gracias a ese pasatiempo. Tal vez resultara inevitable que, más tarde o más temprano, se convirtiera en un escritor profesional, tanto de nombre como de hecho. Tres circunstancias aceleraron el proceso de transición. La primera fue el desacuerdo con las autoridades universitarias acerca de lo que Latimer considerara como una cuestión de principios. La segunda fue una enfermedad. La tercera, el hecho de que fuese soltero.

No mucho tiempo después de la publicación de *No cerrar esta puerta*, y tras su enfermedad, que desgastó muy seriamente sus reservas orgánicas, redactó una carta de renuncia a su cátedra, con apenas una ligera resistencia íntima. Luego emprendió un viaje para ir a terminar su quinta novela policiaca bajo los rayos del sol.

Una semana después de haber dado con el título que debía seguir a aquel libro, Latimer partió hacia Turquía. Había vivido un año en Atenas y en sus alrededores, y estaba ansioso por cambiar de escena. Su salud había mejorado considerablemente, pero la idea de afrontar un otoño inglés le resultaba poco atractiva. Hizo caso, pues, a la sugerencia de un amigo y tomó el vapor que cubría el trayecto entre el Pireo y Estambul.

Fue en Estambul, y de boca del coronel Haki, donde Latimer oyó por primera vez el nombre de Dimitrios.

Una carta de presentación es un documento incómodo. En la mayoría de los casos, su portador sólo está relacionado de manera casual con quien se la ha proporcionado, y éste, a su vez, a menudo conoce bien poco al destinatario. Las posibilidades de que estas presentaciones logren un resultado satisfactorio para los tres son muy escasas.

Entre las cartas de presentación que Latimer llevaba consigo a Estambul, había una dirigida a madame Chávez, quien, tal como le habían dicho, vivía en una villa a orillas del Bósforo. A los tres días de su llegada, Latimer le escribió y, como respuesta, recibió una invitación para pasar cuatro días de reunión en la villa. Con un oscuro sentimiento de aprensión, Latimer aceptó.

Para madame Chávez, tanto el camino de ida hacia Buenos Aires como el de regreso habían estado pavimentados de oro, con la mayor de las liberalidades. Turca de nacimiento, poseedora de una notable belleza, se había casado y divorciado con éxito de un rico argentino, negociante de carnes; con parte de las ganancias obtenidas en tales transacciones, madame Chávez había comprado un pequeño palacio que en otros tiempos había sido la residencia de una rama menor de la realeza turca. Remoto, aislado por un camino de acceso poco frecuentado y difícil, el palacete dominaba una bahía de fantástica hermosura y, fuera del hecho de que el abastecimiento de agua limpia resultaba insuficiente para servir incluso a uno solo de los nueve baños con que contaba, estaba exquisitamente equipado.

Tanto los demás huéspedes como su anfitriona turca tenían la desagradable costumbre de golpear con gran violencia en la cara a los criados cada vez que alguno de éstos desagradaba a los señores —cosa que ocurría a menudo—, pero, a no ser por la incomodidad que le provocaba tan insólita situación, Latimer habría disfrutado de su estadía en aquel lugar.

Los restantes invitados eran una pareja muy ruidosa de marseleses, tres italianos, dos jóvenes oficiales de la marina turca y sus ocasionales *fiancées*, más un grupo de hombres de negocios residentes en Estambul, acompañados por sus

mujeres. Pasaban todos ellos la mayor parte de su tiempo bebiendo, al parecer, las inagotables existencias de ginebra holandesa que poseía madame Chávez y bailando con la música de fondo de un gramófono atendido por uno de los sirvientes, cuya tarea consistía en cambiar constantemente los discos, estuvieran bailando o no los invitados. Con la excusa de su precaria salud, Latimer se mantenía apartado de la bebida y del baile. En general, todos lo ignoraban.

La tarde de su último día de estancia en aquel lugar estaba ya avanzada; estaba sentado en un extremo de la terraza cubierta por un frondoso emparrado, lejos del alcance del gramófono, cuando Latimer advirtió que, por el largo y polvoriento camino que llevaba hasta la villa, subía no sin cierta dificultad un grande y lujoso coche conducido por un chófer.

Cuando el coche dejó oír el ronquido de su motor en el patio de la casa, el ocupante del asiento trasero abrió la portezuela y saltó fuera antes de que el coche se hubiera parado.

Era un hombre alto, de mejillas finas y pómulos salientes, cuya piel de pálido color bronceo contrastaba con una cabeza cubierta por cabellos grises cortados a la prusiana. Una frente huesuda y estrecha, una nariz que parecía el pico de un ave y unos labios muy delgados le daban un cierto aire depredador. «No puede tener menos de cincuenta años», pensó Latimer mientras observaba su cintura, por debajo del uniforme de oficial, de impecable corte, con la esperanza de detectar la presencia de algún corsé.

Vio que el oficial se sacaba un pañuelo de seda de la manga, con el que limpió alguna invisible mota de polvo de sus immaculadas botas de montar de charol, antes de encasquetarse, como al desgaire, la gorra, y lo vio desapa-

recer del campo de su visión. En algún lugar, dentro de la villa, resonó la campanilla de la entrada.

El coronel Haki, éste era el nombre del oficial, fue inmediatamente muy bien acogido en la reunión. Al cabo de un cuarto de hora de la llegada de aquel hombre, madame Chávez, con un aire de timidez y confusión, intentaba mostrarles claramente a sus huéspedes que se sentía comprometida irremediablemente por la inesperada aparición del coronel. Después de conducirlo hasta la terraza, inició las presentaciones. Todo sonrisas y galanterías, el coronel hizo sonar sus tacones, besó manos, se inclinó en estudiadas reverencias, intercambió saludos militares con los oficiales de la marina y devoró con los ojos a las mujeres de los hombres de negocios.

Toda aquella actuación fascinó tanto a Latimer que, cuando le tocó el turno de ser presentado, el simple hecho de oír su propio nombre lo sobresaltó. El coronel le sacudió el brazo con un cálido gesto.

—Tengo mucho gusto en conocerlo, mi buen amigo —dijo.

—*Monsieur le Colonel parle bien anglais*¹ —explicó madame Chávez.

—*Quelques mots*² —aseguró el coronel Haki.

Latimer dirigió una mirada amistosa a aquel par de ojos de un pálido color gris.

—¿Qué hay?

—Aquí, todo estupendamente bien —replicó el coronel con grave cortesía, antes de continuar con su presentación y de besar la mano de una joven, sobre cuyo bañador deslizó una apreciativa mirada de avezado experto.

1. «El señor coronel habla inglés». (N. de la T.)

2. «Algunas palabras». (N. de la T.)

Muy avanzada la noche, Latimer volvió a hablar con el coronel. Haki había inyectado una buena dosis de bulliciosa animación a la reunión: chistes contados con gracia, carcajadas contagiosas, desvergonzados y humorísticos ataques a las mujeres casadas y otros, bastante más subrepticios, dirigidos contra las mujeres solteras.

De cuando en cuando, la mirada del coronel Haki buscaba los ojos de Latimer y esbozaba una sonrisa de disculpa. «Debo representar este papel de tonto..., eso es lo que esperan de mí», venía a decir aquella sonrisa. «Pero no piense que me hace ninguna gracia».

Más tarde, después de la cena, cuando los huéspedes comenzaban a mostrar menos interés en bailar que en entretenerse con la posibilidad de una partida combinada de póquer descubierto, el coronel cogió a Latimer del brazo y lo condujo hacia la terraza.

—Debe perdonarme, míster Latimer —le dijo en francés—, pero tengo gran interés en hablar con usted. Estas mujeres..., pse —Haki abrió una pitillera casi debajo mismo de las narices de Latimer—: ¿Un cigarrillo?

—Gracias.

El coronel Haki echó un vistazo por encima de su hombro.

—En el otro extremo de la terraza se está más tranquilo —dijo, y añadió, cuando se dispusieron a dirigirse hacia allí—: Sabe usted, hoy he venido especialmente para verlo. Madame me dijo que usted estaba aquí y, en verdad, no he podido resistir la tentación de hablar con el escritor cuya obra tanto admiro.

Latimer murmuró un obligado agradecimiento a aquel cumplido: se encontraba en un aprieto, porque le resultaba imposible saber si el coronel se estaba refiriendo a sus obras

de economía política o a sus novelas policiacas. En cierta ocasión, ya había asombrado e irritado a un amable rector universitario que se había mostrado interesado por su «último libro»; Latimer le había preguntado al anciano si prefería que el asesino matara a sus víctimas a tiros o a golpes de porra.

Por otra parte, le parecía una pedantería preguntar qué parte de su obra era la preferida.

No obstante, el coronel Haki no aguardó a que le hiciera la pregunta.

—He ordenado que me envíen desde París todas las novedades de *romans policiers*¹ —explicó—. No leo otra cosa que no sean *romans policiers*. Me gustaría que usted viera mi colección. Sobre todo, me gustan las novelas inglesas y las americanas. Todas las mejores están traducidas al francés. Los mismos escritores franceses no me parecen demasiado interesantes; la cultura francesa carece de los elementos necesarios para que surja un *roman policier* de primera calidad. Estos días he añadido su *Une Pelle Ensanglantée* a mi biblioteca. ¡Formidable! Pero no he llegado a comprender del todo lo que el título significa.

Le llevó no poco tiempo a Latimer tratar de explicarle en francés el significado de «denominar a una laya pala ensangrentada» y tratar de traducir el juego de palabras en una expresión que pudiera proporcionar (a los lectores de mente ágil) la clave esencial de la identidad del asesino, a partir del título mismo de la obra.

El coronel Haki escuchaba con interés, asintiendo con movimientos de cabeza; en un par de ocasiones, antes de que Latimer llegara al nudo de la explicación, lo interrumpió para exclamar:

1. «Novelas policiacas». (*N. de la T.*)

—Sí, ya entiendo, ahora lo veo con claridad.

—Monsieur —dijo Haki, cuando Latimer ya era presa de una desesperada impotencia—, me pregunto si usted me concedería el honor de comer conmigo algún día de esta semana. Creo —agregó con un aire de misterio— que tal vez pueda proporcionarle una ayuda interesante.

Latimer no comprendía en qué sentido podía ser ayudado por el coronel Haki, pero dijo que se sentiría muy honrado. De modo que acordaron encontrarse en el Pera Palace Hotel tres días después.

Latimer no volvió a pensar en aquella cita hasta la misma noche de la víspera del día fijado. Estaba sentado en un salón de su hotel, junto con el gerente de la sucursal de su banco de Estambul.

«Collinson —pensaba Latimer— es una buena persona, pero un compañero tedioso». Su conversación consistía casi de forma exclusiva en referir las habladurías acerca de lo que hacían los integrantes de las colonias inglesa y americana en Estambul.

—¿Conoce usted a los Fitzwilliam? —podía comenzar la charla—. Es una lástima; le resultarían agradables. Pues bien, hace unos días...

Pero como fuente de información sobre las reformas económicas proyectadas por Kemal Ataturk se había revelado como un verdadero inútil.

—A propósito —dijo Latimer, después de escuchar un minucioso informe acerca de la conducta de aquella mujer turca y de su marido, un vendedor de coches americano—, ¿conoce usted a un hombre que se llama coronel Haki?

—¿Haki? ¿Por qué ha pensado en él?

—Porque mañana comeré con él.

Las cejas de Collinson se arquearon en su frente.

—¡Por Júpiter, comerá con él! —exclamó mientras se rasaba el mentón—. Pues sí, he oído muchas cosas acerca de él. —Collinson se detuvo, como si dudara—. Haki es uno de esos tíos de los que se oye hablar a menudo pero a los que jamás les puedes echar una mirada. De esa clase de personas que siempre están entre bastidores, ¿me comprende usted? En Ankara tiene más influencias que muchos de los hombres que se supone que están en la cúspide. En Anatolia fue uno de los hombres de Gazi; en 1919, desempeñó el cargo de diputado en el Gobierno provisional. En esa época eran muchas las historias que me contaban sobre él. Era un demonio sediento de sangre, en todos los sentidos. Se decía algo sobre el modo en que torturaba a los prisioneros. Pero después ambas partes han hecho lo mismo, y casi me atrevería a asegurar que han sido los soldados del sultán quienes dieron peor ejemplo en este aspecto. También he oído decir que es un hombre capaz de beberse un par de botellas de whisky en poco rato y mantenerse tan sobrio como una rosa. De todos modos, esto no me lo creo. ¿Cómo ha sido que se ha topado usted con él?

Latimer se lo explicó.

—¿Cuál es su profesión? —preguntó—. No sé qué quieren decir estos uniformes.

Collinson se encogió de hombros.

—Bueno..., he oído decir, a personas bien enteradas, que Haki es el jefe de la policía secreta, pero quizás eso no sea más que otro cuento. Esto es lo peor de este lugar: no puedes creer ni una palabra de lo que digan en el club. Mire usted, precisamente el otro día...

Con algo más de entusiasmo que el que había abrigado días antes, Latimer se encaminó al día siguiente hacia

la cita. Había juzgado al coronel Haki como una especie de rufián y la vaga información de Collinson parecía confirmar ese juicio.

El coronel llegó con veinte minutos de retraso, y, deshaciéndose en excusas, remolcó, de inmediato, a su invitado hasta el restaurante.

—Tomémonos un whisky con soda ahora mismo —anunció antes de pedir en voz alta una botella de Johnnie.

Durante la mayor parte de la comida, Haki habló de las novelas policiacas que había leído, de la impresión que le habían producido, de sus opiniones acerca de los personajes y de su preferencia por los asesinos que mataban a sus víctimas a tiros.

Por último, con una botella de whisky casi vacía pegada a su codo y con un helado de fresa ante sí, Haki se inclinó hacia delante, por encima de la mesa.

—Míster Latimer —volvió a decir—, creo que puedo ayudarlo.

Por un segundo, asaltó a Latimer la descabellada idea de que tal vez el coronel estaba a punto de ofrecerle un cargo en el servicio secreto de Turquía. A pesar de todo, consiguió responder:

—Oh, es usted muy amable.

—Ambicioné —prosiguió el coronel Haki— escribir yo mismo una buena novela policiaca. A menudo pienso que podría hacerlo de disponer del tiempo necesario. Éste es el problema..., el tiempo. Yo lo veo así. Pero... —El coronel hizo una solemne pausa.

Latimer aguardaba. Siempre se había encontrado con personas que estaban convencidas de ser capaces de escribir una novela detectivesca, en el caso de disponer del tiempo necesario.

—Sin embargo —repitió el coronel—, ya tengo planeado el argumento. Y me agradecería regalárselo a usted.

Latimer le aseguró que ese gesto era verdaderamente generoso.

El coronel rechazó con un ademán las palabras de agradecimiento.

—Sus libros me han colmado de placer, míster Latimer. Me hace feliz ofrecerle una idea para otro libro. No tengo tiempo para elaborarla yo mismo y, en cualquier caso —añadió con tono magnánimo—, estoy seguro de que usted la aprovechará mejor de lo que yo podría hacerlo.

Latimer farfulló alguna incoherencia.

—El escenario del relato —prosiguió el coronel; sus ojos grises clavados en el rostro de Latimer— es una casa de campo típica inglesa que pertenece a lord Robinson, un hombre de gran riqueza. En esa casa, se desarrolla una típica reunión inglesa de fin de semana. Una noche, es descubierto el cadáver de lord Robinson, sentado en la biblioteca, ante su escritorio, con un disparo en la sien. La herida tiene los bordes chamuscados. Se ha formado un charco de sangre sobre el escritorio y ha empapado un papel. El papel es un nuevo testamento que lord Robinson estaba a punto de firmar. En el testamento anterior había dividido sus riquezas, en partes iguales, entre las seis personas, parientes y amigos, que están presentes en la casa. El nuevo testamento, que no ha sido firmado porque lo ha impedido el disparo asesino, lega todos sus bienes a uno solo de sus familiares. Por lo tanto —Haki lo apuntó con la cucharilla del helado, en un gesto acusador, a su invitado antes de proseguir—, uno de los cinco invitados restantes ha de ser el culpable. Eso es lo lógico, ¿verdad?

Latimer abrió la boca, volvió a cerrarla y asintió con un movimiento de cabeza.

El coronel Haki abrió sus facciones a una sonrisa de triunfo:

—Allí está la trampa.

—¿La trampa?

—Lord Robinson no ha sido asesinado por ninguno de los sospechosos, sino por el mayordomo, cuya esposa había sido seducida por el lord. ¿Qué le parece? Buena, ¿verdad?

—Una idea muy ingeniosa.

Haki se echó hacia atrás en la silla y estiró los pliegues de su guerrera.

—Oh, no es más que una pequeña trampa, pero me alegra que le guste. Por supuesto, he elaborado cada una de las partes de la trama con el mayor detalle posible. El poli es un importante inspector de Scotland Yard que se enamora de una de las sospechosas, una mujer guapísima, y para ahuyentar de ella las sospechas se decide a esclarecer el caso. Tiene gran valor literario. En fin, de todos modos, como ya le he dicho, tengo todo el argumento y los detalles escritos.

—Me interesaría muchísimo —dijo Latimer sinceramente— leer sus apuntes.

—Esperaba que me dijera eso. ¿Tiene prisa?

—No, ninguna.

—Pues entonces iremos a mi despacho y le enseñaré lo que tengo hecho. Lo he escrito en francés.

Latimer dudó tan sólo durante una fracción de segundo. En realidad, no tenía ninguna otra cosa más interesante que hacer y podía ser una excelente experiencia ver el despacho del coronel Haki.

—Me encantará acompañarlo —dijo por fin.

El despacho del coronel estaba situado en la parte superior de lo que quizás alguna vez fuera un hotel de segunda o tercera categoría; pero el edificio, por dentro, era una inconfundible oficina pública de Gálata. La puerta del despacho —una habitación grande— se abrió en el extremo de un pasillo. Cuando entraron, un hombre vestido de uniforme se hallaba sentado ante el escritorio. Al ver al coronel, se puso en pie, hizo resonar sus tacones y dijo algo en turco. Haki le respondió y con un gesto le ordenó salir.

El coronel le señaló una silla a Latimer, le ofreció un cigarrillo y comenzó a rebuscar dentro de un cajón. Por fin, extrajo un par de folios mecanografiados y se los alargó a su visitante.

—Aquí está, míster Latimer, *La clave del testamento ensangrentado*. Éste es el título que le he puesto, aunque aún no estoy seguro de que sea el mejor. Todos los títulos más sugerentes ya han sido utilizados, según creo haber descubierto. Pero ya pensaré en otras posibilidades. Léalo y no vacile en decirme con toda franqueza qué opina del tema y de la trama. Si estima necesario modificar algunos detalles, lo haré.

Latimer cogió los folios y empezó a leer, mientras el coronel, sentado en una esquina del escritorio, balanceaba una de sus piernas, larga y reluciente.

Latimer leyó los folios dos veces antes de dejarlos a un lado. No podía evitar un sentimiento de vergüenza: varias veces, durante la lectura, había sentido unas enormes ganas de echarse a reír. Pensó que había cometido un error al ir al despacho de Haki; pero, ya que estaba allí, lo mejor sería marcharse lo antes posible.

—De momento, no puedo sugerirle ningún cambio —dijo pausadamente—. Por supuesto que habrá que pensar—

lo todo con calma; es muy fácil cometer errores en este tipo de problemas. Hay mucho material que requiere cierta investigación. Las cuestiones que plantea el procedimiento legal británico, por ejemplo...

—Sí, sí, comprendo. —El coronel Haki se escabulló del escritorio y ocupó su silla—. Pero ¿cree usted que podrá servirle esta historia?

—De veras le estoy profundamente agradecido por su generosidad —afirmó Latimer, con intención evasiva.

—Oh, de nada. Ya me enviará un ejemplar de la novela cuando la publiquen —hizo girar la silla y cogió el teléfono—. Haré que preparen una copia para usted.

Latimer se arrellanó en la silla. ¡Muy bien! No llevaría mucho tiempo hacer una copia de ese texto. Oyó que el coronel hablaba con alguien por teléfono y le vio arrugar el ceño. Haki depositó el auricular en su sitio y se volvió hacia su huésped.

—¿Me permite que me ocupe un instante de un asunto, ahora mismo?

—Por supuesto.

El coronel cogió un grueso sobre de papel manila y comenzó a sacar de él algunos documentos, que estudiaba atentamente. Por fin, eligió uno de aquellos documentos y se entregó a una lectura atenta. El silencio en la habitación se había hecho profundo.

Latimer, fingiendo un interés, que no sentía, por su cigarrillo, observó al hombre sentado detrás del escritorio.

El coronel Haki pasaba con lentitud los folios del documento y en su rostro se advertía una expresión que Latimer no había visto antes. Era el aire de un experto que examina un asunto que conoce a fondo. En sus facciones, se dibujaba una especie de reposo expectante que le hizo

pensar a Latimer en un viejo y experimentado gato que estuviera observando a un joven e inexperto ratón.

En ese instante, el escritor volvió a reconsiderar sus opiniones sobre el coronel Haki. Momentos antes, había sentido una vaga compasión hacia él, tal como uno se compece de una persona que, de manera inconsciente, hace el papel del tonto. Pero ahora comprendía que el coronel de ningún modo necesitaba esa compasión.

Mientras los largos y amarillos dedos de Haki volvían los folios de aquel documento, Latimer recordó las palabras de Collinson: «Se decía algo sobre el modo como torturaba a los prisioneros».

Y entonces comprendió que sólo en ese momento comenzaba a ver, por primera vez, al verdadero y real coronel Haki. En ese instante, el coronel alzó sus pálidos ojos para posarlos, con una mirada pensativa, sobre el nudo de la corbata de Latimer.

Durante un segundo, al excatedrático lo alarmó la sospecha de que aquel hombre sentado tras el escritorio, aun cuando al parecer observaba el nudo de su corbata, pudiera estar leyendo en su mente.

Al cabo de un minuto, los ojos del coronel se apartaron de su objetivo; una débil sonrisa le entreabría los labios, y Latimer se sintió como quien ha sido sorprendido mientras comete un robo.

Haki dijo:

—Me pregunto, míster Latimer, si usted sentirá interés o no por «verdaderos» asesinos.